

CAPITULO LXVIII.

Cómo el rey Amadis empleaba su tiempo en tener sus reinos en paz, y en enviar fustas y gente á su hijo Esplandian á la montaña Defendida.

Así como oído habeis, fueron retraidos en aquel castillo de Miraflores el rey Lisuarte y la reina doña Brisena, su mujer, quedando en sus reinos y grandes señoríos Amadis y Oriana, los unos en vida espiritual, y los otros en la temporal, holgando cada uno dellos segun el estilo de su vivir, descansando y reposando sus espíritus de aquellos grandes trabajos y peligros que por ellos en otros tiempos habian pasado. No curaba ya el rey Amadis de seguir mas sus aventuras, ni de que sus caballeros las siguesen, antes todo su cuidado empleaba en tener en paz y sosiego sus reinos y en hacer mercedes á los que se las merecian, y aparejar mucha gente y fustas para enviar á Esplandian, su hijo; habiendo sabido de un escudero de Norandel, que allí llegó, cómo se iban derechamente Esplandian y Norandel, y Gandalin y Lasindo á la montaña Defendida, y cómo habia Esplandian muerto los dos gigantes que en la cueva habitaban, que era en la falda de la alta Alemaña; y no supo decir mas, porque de allí se partió dellos. Mas porque ya las cosas del rey Amadis á este nuestro cuento no convienen, como pasadas y recontadas antes desto, desde agora se dejarán, por haceros saber aquellas de aquel que con mas esfuerzo y con mas fe, por otra mas diversa y católica via, las procuró, y pasó así á la honra deste mundo como á la salvacion de su ánima.

CAPITULO LXIX.

En el cual Frandalo, certificando su gran lealtad en la santa ley en que está, amonesta á Esplandian y á Gastiles que para otras mayores afrentas y ganancias se aperceban.

Esplandian, como se vos ha contado, estaba en la montaña Defendida deteniendo á Gastiles, sobrino del emperador de Constantinopla, con toda la flota que allí trujo, por ruego del fuerte Frandalo; que con grande afición se lo pidió; con esperanza de que, así como en lo pasado tan leal le habia hallado, que así en lo por venir su propósito no se mudaria, creyendo que, como él de aquella tierra natural fuese, y tanto tiempo el ejercicio de las armas hubiese continuado, que antes por su buen consejo que por el de otro alguno alguna cosa muy señalada se podría ganar, en que el Señor mas poderoso servido fuese. Pues así fué, que en cabo de veinte dias que la lid que con el rey Armato pasó, siendo ya todos los caballeros bien sanos de sus heridas y en disposicion de se armar, Frandalo, sacando aparte á Esplandian y á Gastiles, en esta manera les habló: «Buen señor Gastiles, quién yo haya sido, y las maneras de mi vivir en los tiempos pasados, tú muy bien las sabes, y asimismo tambien lo que yo he hecho despues que por la misericordia del Redentor del mundo y por la merced de tu tio yo fui vuelto en esta santa ley, en que el encendimiento de mi corazon es en tanto grado para la seguir, que ningun momento ni hora puedo reposo haber, hasta ser venido el efecto que deseo; y mucho mas lo tengo, despues que con el maestro Elisabat he hablado en el hecho de mi ánima; el

cual, entre las otras santas palabras por él dichas, me dice que, así como el padre, puesto caso que muchos hijos en su casa tenga, y le venga algun otro que perdido hubiese, con poca esperanza de lo cobrar, muestra con aquel solo recibir mayor consolacion y deleite que con los otros todos, aunque dél sean amados; que así el Redentor nuestro hace cuando algun muy pecador es vuelto de lo malo á lo que él por obra y ejemplo nos dejó; porque parece que las penas y trabajos y cruda pasion y muerte que como hombre recibió en este mundo, gozan de aquel fruto sobre que tomar las quiso, que fué por salvar los pecadores. Y aunque muchos santos delante su divina Majestad sean, que cuando alguno de los que digo se le representa, recibe aquella grande alegría que como verdadero Dios recibir puede. Y porque como yo sea por todos, y mas por mi, tenido por uno de los que mayores males hayan hecho, soy determinado, poniendo el cuerpo á grandes peligros por le servir, de los quitar del ánima, porque goce de la gloria que fin no tiene. Así que, mis buenos señores, no dudando en mi lealtad, aparejadvos; que presto vos serán en parte donde por razon seréis ciertos que grandes y justas ganancias y provechos se nos seguirán.»

CAPITULO LXX.

De la habla que cerca de Frandalo y Esplandian con Gastiles hubo.

Esto oído por Esplandian, volviéndose para Gastiles, le dijo: «Mi señor, ya veis lo que este noble caballero ha dicho, y tambien sabeis lo que ha hecho despues que con nosotros se juntó. Cierio creo yo que uno de los mas principales aparejos para que esta tierra de Turquía sea señoreada en el servicio de Dios y del Emperador, vuestro tio, es el consejo y voluntad suya, con el trabajo que con tanta afición tomar quiere; yo no puedo mas, sino con mis compañeros y persona seguirle, y llevar al cabo todo aquello que la fortuna nos querrá otorgar. Lo demás desto, á vos, mi buen señor, pertenece de responder.»

CAPITULO LXXI.

Del consejo que Frandalo y Esplandian con Gastiles hubieron para dar combate á la villa de Alfarin, y cómo Gastiles por mar y ellos por tierra para ella se partieron.

Gastiles, que muy cuerdo era y muy buen caballero en todo, y que mucho á Esplandian amaba, y asimismo sabiendo la buena voluntad que el Emperador, su tio, le tenia, y cómo la tregua era rompida, bien consideró que todo lo que él de aquella flota dispusiese, como quiera que la fortuna lo guiase, seria recibido antes en servicio que en enojo, y respondió en esta manera: «Señor Esplandian, si es cierto que por servir á mi tio ó socorrer á vos mi ánimo grande deleite y descanso recibe, ¿cuánto mas lo debe ser en poner mi trabajo por aquel Señor á quien todos sujetos somos, especialmente viendo con la voluntad que Frandalo quiere poner en efecto aquello que hasta aquí tan extraño y tan aborrecido tenia? Y pues otra cosa no falta sino la ejecucion dello, no falte la diligencia; que yo seguiré vuestro parecer.—Pues que así es, dijo Fran-

dalo, dejadlo á mi cargo; que si por ventura lo que yo pienso se errare, manifiesto vos será ser mas por desventura que por culpa mia; y porque ya el tiempo nos convida, y tú, buen señor Gastiles, pásate luego á tu flota, y con toda la gente que en ella traes, comienza en anocheciendo á navegar la via de la villa de Alfarin; que tú bien sabes así el sitio suyo como su gran fortaleza; que de mi sobrino Belleriz, el cual estos dias pasados envié á la tentar, he sabido que está dentro en ella Heliaja, la infanta hija del rey Anfió de Media, mujer del infante Alforaj, heredero del señorío de Persia, y supo cómo querian casar y pasar á Tesifante, la muy gran ciudad; y si con tiempo Dios nos deja llegar, ó la tomaremos en la villa, ó en el camino por donde fuere; y si este lugar se gana, como yo lo espero, gran parte de aquellas comarcas nos serán sujetas. Esplandian con todos los caballeros, y de mis compañías aquellos que caballos tienen, serán por mí guiados por tal parte, que al tiempo que tu flota de noche llegare al puerto, y comenzare el combate por la mar, nosotros asimismo lo haremos por la tierra. Y yo fio en aquel muy alto Señor que nos guiará, en cuyo servicio vamos, que así la villa como la Infanta será por nosotros ganada.»

Con este acuerdo que habeis oído, Gastiles, haciendo muestra que á Constantinopla se tornaba, despidiéndose de Esplandian y de todos sus compañeros, entrando en su gran flota, por la honda mar á navegar comenzó, sin que á persona que en ella estuviere el fin de su viaje le fuese manifiesto; sabiendo él la hora en que habia de llegar al puerto de la villa de Alfarin para comenzar el combate. Esplandian y el fuerte Frandalo, hablando con Norandel y con los otros sus compañeros, mostráronles lo que se les aparejaba para cumplir su deseo, que era hallarse en las cosas peligrosas de grandes afrentas, donde preñ y honra ganar pudiesen; y por ellos siendo otorgado con aquel esfuerzo de sus bravos corazones, aderezaron sus armas y caballos para la hora que el fuerte Frandalo los mandase caminar, con tan grande gozo y alegría de sus ánimos, como los buenos caballeros deben tener cuando van á las cosas á ellos anejas y convenientes, aunque muy peligrosas les parezcan; porque aquellas les han de mostrar el fin de la virtud que el alto oficio de la caballería demanda. Y como quiera que los otros mas bajos oficios por la perficion dellos sean loados, este lo debe ser mas, pues que mas que todos y sobre todos resplandece, así como claro sol sobre toda la otra claridad.

CAPITULO LXXII.

Cómo Esplandian y Frandalo, con ciertos caballeros partidos de la montaña Defendida, llegando ya cerca de la villa de Alfarin, enviaron los caballeros con Belleriz por otra parte, y ellos se fueron por la fuente Aventurosa, donde hallaron la infanta Heliaja, y veinte caballeros que la guardaban, los cuales vencidos por fuerza de armas en el campo, Esplandian y Frandalo muy honradamente la Infanta consigo llevaron.

Pasado pues el dia, y venida la noche, despues de haber Esplandian encomendado á Libeo la montaña Defendida, y la guarda del rey turco y de los dos capitanes que presos estaban, armáronse todos, y cabal-

gando muy presto en sus buenos caballos, haciendo llevar alguna vianda que para cuatro dias les bastase, creyendo estar apartados de la flota de Gastiles, salieron de la montaña por el postigo pequeño que ya oistes, hasta ciento de caballo muy bien armados, y tomaron la via que Frandalo les amostró; y así juntos anduvieron la noche por tierra muy llana y hermosa, de grandes arboledas, sin ningun poblado hallar; que Frandalo, como la tierra sabia, desviábalos de los poblados porque no fuesen sentidos. Venida la mañana, estuvieron muy encubiertos en lo mas espeso de la floresta, donde caminaron ellos y sus caballos, y holgaron todo aquel dia; mas luego que la noche vino tornaron á caminar, llevando Frandalo la delantera, sin que ninguno, si él no, y Belleriz, su sobrino, supiese dónde iban. Pero siendo ya muy gran parte de la noche pasada, no estando muy lejos de la villa, Frandalo dijo á Esplandian: «Señor, váyanse estos caballeros á Belleriz, mi sobrino, que él los guiará y porná al alba del dia en una halda de la montaña, donde á ojo se parece la villa de Alfarin; y si Gastiles fuere ya en el puerto y comenzare el combate, luego por ellos será oído; y hagan aquello que mejor se les aparejare, y guiense todos por el consejo de Belleriz, que, segun de mí está avisado, así como yo sabrá hacer lo que conviene; y yo llevaros he por otro camino á la fuente Aventurosa, que es entre la villa y Tesifante, que por maravilla es tenido cuando en ella aventuras faltan; y desde la fuente tomaremos el camino hácia donde los nuestros caballeros estuvieren, y podrá ser que la fortuna nos porná en las manos aquella infanta Heliaja, de que ya os hablé.» Esplandian le dijo: «Mi verdadero amigo, todos somos en vuestra guarda y ordenanza, y hágase todo como á vos pareciere.»

Entonces se apartaron Belleriz con los caballeros, como su tio le mandó, y Esplandian y el fuerte Frandalo con sus escuderos y la doncella Carmela, que de Esplandian nunca se partia. Frandalo se metió al camino, y Esplandian en pos dél, y anduvieron hasta que el alba queria romper, que juntos con la fuente Aventurosa se hallaron; la cual estaba metida entre cuatro padrones de cobre dorados, que cada uno dellos tenia en sí letras muy hermosas, de las cuales, y de la causa por qué allí fueron puestos, se dirá en su tiempo; y así como allí llegaron, que aun el dia del todo no era venido, vieron en ella una claridad, que les mostró cómo encima de los padrones estaba trabado un paño de oro muy rico, y debajo dél una doncella que de una cama de seda se comenzaba á levantar y se vestia; á la cual guardaban veinte caballeros muy bien aparejados de armas y caballos, que ya cabalgaban, y tenian para la doncella aparejado un muy hermoso palafren, ricamente guarnecido. Cuando Frandalo así los vió, que delante iba, dijo á Esplandian: «Ea, Señor; que esta es la caza á que vos sois aficionado.» Entonces fuéronse contra los caballeros al mas ir de sus caballos, y como los acometieron de sobresalto, pusieronlos en grande alteracion; que algunos dellos, pensando que mucha gente fuese, derramaron por el campo, y otros quedaron juntos, de los cuales los dos dellos fueron luego muertos de los encuentros de las lanzas; mas conociendo que no eran mas de dos, tornáronse luego á juntar y dieron

de rendon contra ellos, con tales y tan grandes encuentros, que por poco les hubieran sacado de las sillas; mas, como los dos caballeros fuesen tales, y se viesen en punto de muerte, y no les conviniese sino matar ó morir, no quisieron ser perezosos, y hirieronlos tan crudamente, que antes que las lanzas quebrasen, los ocho dellos quedaron en el campo muertos y heridos; y perdidas las lanzas, pusieron mano á sus espadas, y fueron á herir en los que quedaban, y ellos asimismo en ellos; de manera que se comenzó una lid muy mucho fiera y no menos peligrosa; mas los golpes que Esplandian daba no se pueden ni deben creer, pues que persona que mortal fuese nunca tales los dió; y si alguna fe á ello dar se puede, será que como este caballero fuese de tan santa vida, y su propósito entero y enderezado tan solamente en el servicio del Redentor del mundo, y en creer su santa ley, que entonces casi comenzaba; pudo ser que, así como á otros algunos por su gracia especial les dió tal esfuerzo de corazón y fuerzas corporales, que semejantes golpes dieron, como en algunas historias se lee, que así las quiso dar á este caballero, por donde tan grandes maravillas en armas hizo todo el tiempo que las trajo. Pero todo fué bien menester; que como ellos anduviesen cansados, según los golpes que habían dado, y los contrarios fuesen muchos y esforzados caballeros, entre los cuales dos muy fuertes jayanes estaban; si los dos no fueran tales, no mantuvieran el campo mucho espacio de tiempo.

Esplandian, que vido lo que Frandalo hacia, y cómo los contrarios con mucho esfuerzo se esforzaban por los matar, siendo ya el día bien claro, vió los jayanes delante los suyos, como que por escudo y amparo los tuviesen, y apretando su buena y encantada espada en el puño, puso las espuelas á su caballo, que muy fatigado y cansado andaba, y alzóse en las estriberas, y dió al uno de los jayanes tan fiero golpe por encima del yelmo, que aunque de muy fuerte acero era y muy pesado, como á jayan convenia, no pudo su fortaleza tanto resistir, que el yelmo y la cabeza no fuese hecho dos partes, hendidó hasta el pescuezo, y dió con él luego muerto en el suelo una tan gran caída como si cayera una torre. Este fué uno de los dos mas señalados y mayores golpes que él nunca hizo, ni otro alguno de que esta tan grande historia haga mención, que aunque Amadís, su padre, algunos muy grandes y fuertes gigantes mató, y don Galaor, su hermano, que mató al fuerte Albadan, jayan de la Peña de Galtáres, fué esto por algunos encuentros que por muy gran dicha, ó permisión de nuestro Señor Jesucristo, acertaron por lugares tan peligrosos, donde no con muy mucha fuerza entraron los hierros de las lanzas por parte donde los gigantes muertos fueron; y aun algunos dellos fueron heridos por los mismos golpes; mas cortado un grueso y fuerte yelmo, y hecho dos pedazos con la cabeza por la fuerza del brazo, nunca en toda esta historia, como ya dije, se hallará; porque, como los gigantes tan valientes fuesen, podían comportar los yelmos tan pesados, que nunca se halla haber prendido espada de caballero en ninguno dellos hasta aquella sazón que habeis oído.

Quando los seis caballeros que vivos quedaban, que los otros seis ya eran derribados y muy maltratados, vieron tan fiero golpe, no solamente fueron espantados, mas dejando desamparado el campo, comenzaron á huir; y Esplandian, que los seguía, alcanzó al uno y dióle por encima del hombro un tan grande golpe, que le abrió hasta la cinta. Frandalo estaba en una batalla con el otro gigante, y no le podía vencer; mas Esplandian, que los caballeros vió huir, y quedar el campo libre dellos, tornó muy presto contra el Gigante con su espada en la mano por le herir, y Frandalo, que así lo vido, dijo: «Señor, por merced dejadme á mí con él, y si yo lo venciere, seré de vos en mucha mas estima tenido.—¡Oh Frandalo, dijo Esplandian en alta voz, conocido tengo yo vuestro esfuerzo y probado, y no es tiempo agora de nos combatir con esta tan mala gente, guardando cortesía ni mesura.» Cuando el Gigante oyó nombrar á Frandalo, luego rindió la espada y dijo: «Frandalo, demándote por merced que me oyas lo que te quiero decir.»

Quando así los dos caballeros lo vieron rendir las armas, y que se quería defender, detuviéronse en lo herir, y díjole Frandalo: «Di quién eres; que, según veo, conocido soy de tí.—Yo soy, dijo, tu primo Foron, aquel que muy mucha compañía te hizo en las grandes aventuras que en los tiempos que sabes pasaste.—Pues quitate el yelmo, dijo Frandalo; que quiero ver si me dices verdad.» El jayan se lo quitó como mejor pudo, y luego fué conocido de Frandalo, porque mucho lo amaba, y dijo á Esplandian: «Señor, sea vuestra merced de me dar este caballero.—Buen amigo, dijo Esplandian, ese y todo lo mas que vos demandais y mandáredes tengo yo de cumplir.—Pues primo, dijo Frandalo, dad vuestras armas á aquellos escuderos, é id vos con nosotros, con fe que por cosa que veais no seréis en nuestro estorbo; que antes que la noche venga, yo vos libraré á todo mi leal poder.—Pues yo así lo prometo,» dijo el jayan; y dando las armas á Sargil y á Fornace, su escudero de Frandalo, se fueron á la fuente, donde la doncella vieron, y halláronla vestida y en pié sobre la cama; y tenía muy ricas vestiduras con flores de oro, y colgadas de sus hermosos cabellos muchas piedras y perlas de muy gran valor, todas horadadas y medidas por ellos; así que, demás de ser su atavío muy rico y de grande estima, parecía cosa extraña de la mirar. Pero su continente era con tanto esfuerzo, como si nada de lo que vió de sus caballeros no hubiera pasado; y como á ella llegaron, Frandalo la conoció luego, que era Heliaja, mujer del infante Alforaj, que poco antes qu'él fuese preso por Maneli el Mesurado, había estado á sus bodas, cuando del reino de Media la trujeron, y á un torneo que por ella se hizo de muchos caballeros y fuertes jayanes, donde Frandalo hizo maravillas, de que muy loado de todos fué, y muy favorecido de aquella infanta, tomándole por su caballero; y volviéndose á Esplandian, le dijo: «Señor, esta es la presa que demandábamos;» y díjole quién era y si tenía por bien que le hablase. Esplandian respondió que aquello y todo lo otro que hiciese tenía él siempre por muy hecho.

Entonces Frandalo descabalgó del caballo, y quitán-

dose el yelmo, fué á hincar las rodillas delante la Infanta, de la cual luego fué conocido, y tendió contra él las sus muy hermosas manos, y se las dió para que las besase, así como él lo quería hacer, y díjole: «Mi buen amigo Frandalo, ¿qué ha sido esto, que siendo mi caballero y mi servidor, te has tornado mi enemigo y me has muerto mis caballeros? No esperaba yo de tan buen hombre como tú eres, y tan alto en caballería, tal obra como esta; antes tenía creído que, si todos me faltaran, que tú solo quedaras en mi favor y servicio.—Buena señora, dijo Frandalo, no tengo por extraña la culpa que me pones, pues entiendo que á tu noticia no han venido las cosas que por mí han pasado despues que de tu presencia y corte fui partido; y cuando manifestas te fueren, según tu gran discreción y virtud, cierto soy que ternás por conveniente todo lo que yo he hecho; pero, como quiere que sea, si mi voluntad entera fuese, agora en esta fortuna contraria miraría con mas afición por tu servicio.» Esplandian, que lo oyó, dijo: «Mi verdadero amigo, la vuestra voluntad es entera, sin premia de ninguna cosa que la estorbe.—Pues que así es, Señor, dijo él, guiense los hechos desta señora por mi consejo.—Así será,» dijo Esplandian. Entonces Frandalo dijo á la Infanta: «Cabalga, Señora, en tu palafren, é irás con nosotros á ver otro mas hermoso torneo que aquel que á tus bodas se hizo; y si Dios lo endereza como yo lo pienso, allí verás que responderán los loores y favores que de tí recibí siendo en tu grande alteza, y yo, según ello, un pobre caballero, porque sea ejemplo á los altos príncipes como tú, que cuando Dios los pusiere en sus reales sillas, teniendo, á su parecer, todo lo restante debajo de los piés, tengan cuidado de allegar y honrar á los menores, considerando las vueltas de la movable fortuna, que muy presto con variables cosas se muda, así como en esto presente se muestra.» La Infanta, oido esto, sin hacer mudanza de ninguna flaqueza, tomó el palafren, y subiendo en él, dijo: «Si he perdido buenos caballeros, otros mejores me quedan para mi servicio; y vamos donde vos pluguiere.»

CAPITULO LXXIII.

Cómo Esplandian y Frandalo, llegados á la villa de Alfarin, viendo la batalla trabada con los suyos, tan osadamente acometieron á los enemigos, que á vueltas con ellos por fuerza de armas dentro de la villa solos se hallaron.

Esto así hecho, tomaron el camino hácia la villa de Alfarin, llevando Frandalo de la rienda á la infanta Heliaja, y Esplandian hablando con el Gigante, aunque nunca el yelmo de la cabeza quitar quiso; pues siendo ya alongados cuanto tres leguas, oyeron las voces y grita que los de la villa y los de fuera hacían, porque el combate andaba muy avivado, y luego pensaron qué sería, pesándoles mucho de haber tanto tardado; y dando mas prisa á las bestias que de antes, no tardó mucho que llegaron á vista de la villa y vieron cómo los suyos por la tierra traían con los enemigos una muy revuelta y peligrosa lid; y cómo llegaron donde algunos de los sus hombres, servidores de poco valor, estaban mirando la pelea, dejaron con ellos y con los escuderos y la doncella Carmela al Gigante y á la infanta

Heliaja, diciéndoles que no hiciesen otra cosa sino estar allí; que de otra manera, el daño sería suyo. La Infanta les dijo: «Caballeros, deso perded cuidado; que si tan firmes vosotros estáis en la pelea como yo en no salir de la palabra que doy, no pasará mucho tiempo que no seáis dentro en la villa.»

Entonces tomaron sus armas, y al mas ir de sus caballos acometieron á sus enemigos, y siendo cerca su gente, vieron cómo todos los mas andaban á pié, porque aquella parte era tan fragosa, que los caballos eran excusados; y asimismo vieron cómo Norandel y Talanque, y Maneli y Ambor, y el rey de Dacia y Belleriz, y Gandalin y Lasindo, estaban delante de los suyos en una cruda batalla con los caballeros que de la villa salieron por una puerta y puente levadizo que la honda cava atravesaba; y cómo el paso fuese muy estrecho, y los de la villa muchos, no podían aquellos pocos llegar á los herir, como deseaban. Esplandian, que así los vido, apeóse del caballo, y también Frandalo; y diciendo: «Mi amigo, aguardadme,» llegó, cubierto de su escudo y la espada en la mano, y pasando por los de su parte fué á herir en los enemigos, y no curó de se detener en los primeros, antes con los grandes y mortales golpes que con la espada daba, derribando y matando todos los que el camino le impedían, sin se detener, hizo tal camino, que pasó á los primeros; y Frandalo le seguía, temiendo tanto el peligro de su vida como la suya propia. ¿Qué os diré? Que tantolos apretaron, y tantos mataron dellos, que de fuerza les convino pasar la puente para se amparar y defender en la villa. Mas como Esplandian fuese envuelto con ellos, no pudieron tanto, que al entrar de la puerta él con ellos á la vuelta no entrase. Frandalo, que con mucha pena sostenia de lo aguardar, como aquello vido, dijo: «Oh Señor del mundo, ayuda á tu caballero;» y con fuerza muy grande y esforzado corazón llegó á la puerta, que casi estaba cerrada, y sufriendo muchos y muy grandes golpes, entró dentro, pero luego las puertas fueron cerradas, quedando Esplandian y Frandalo dentro encerrados con los enemigos, y otros muchos de los de la villa defuera.

CAPITULO LXXIV.

De las cosas extrañas que solos hicieron El gran caballero y Frandalo el fuerte, Viendo delante vecina la muerte, Cuando en la villa cerrados se vieron; Y cómo, despues que las puertas rompieron Belleriz y Talanque y el buen Norandel, Gandalin y Garinto y Ambor de Gadel, Los turcos vencidos las armas rindieron.

Quando los dos caballeros se vieron dentro de la villa, como quiera que Frandalo viese el gran peligro en que estaban, teniendo las puertas cerradas, por no perder á Esplandian, que todavía andaba envuelto con los enemigos y por la ronda los llevaba, matando y derribando en ellos, creyendo que, así como él, todos sus compañeros eran dentro, no curó de otra cosa sino de aguardarle y ayudarle, sin tener ojo á poner otro remedio; de manera que con la su gran fuerza dellos, los contrarios, con el temor de la muerte, á gran paso se les retraían; así que, algunos de la villa tuvieron lugar de tornar á abrir las puertas á los suyos, que grandes voces les da-

lan que les abriesen, sino que todos eran muertos. Y como quiera que todos los mas entraron, y otros muchos quedaron muertos, y las puertas fueron cerradas, ninguno de los de Esplandian entrar pudo con ellos, por ser el paso muy estrecho y ocupado de los muertos. Pues viéndose aquella gente en salvo, y que solamente les quedaba de conquistar dos caballeros, cobrando corazones, fueron por las espaldas con gran alarido por los matar. Frandalo, que la cabeza volvió y los vido, no pudo pensar cómo de la muerte excusar se pudiesen; pero Dios, que á los tales tiempos socorre á los suyos con tales remedios que no fueron pensados, puso á Frandalo cuidado que mirase á la cerca, en la cual vió una escalera de piedra por donde se mandaba, y pensó que, subidos por ella, que muy mucho mejor en lo alto que en lo bajo defenderse podrían; y tomando á Esplandian por el tiracol del yelmo, le dijo así: «Haced, Señor, manilla de nuestras vidas, y recógelos conmigo presto; si no, somos muertos ambos.» Y diciendo esto, y subiendo por la escalera de piedra, todo fué uno.

Esplandian, como si de un muy gran sueño despertase, tan embebecido andaba con los contrarios, de que se vido de todas partes cercado, y oyendo las grandes voces que el fuerte Frandalo le daba, acordó de tomar aquel mesmo remedio, y á mucho pesar de los unos y de los otros contrarios, subió por el escalera con muy grande afán, por los muchos y muy fuertes golpes que les daban. Pero al que él á derechas golpe alcanzaba no había menester mas. Finalmente, los dos caballeros fueron encima de la cerca, y el fuerte Frandalo, que la villa sabía, dijo: «Señor, seguidme;» y lo mas presto que pudieron tomaron una bóveda que sobre la puerta de la villa estaba; que toda la gente se recogió á lo bajo, no temiendo lo que fué. Allí fueron acometidos muchas veces; mas, como la cerca no fuese mas ancha de cuanto convenia á la guarda de dos ó tres hombres solos, el uno por la una parte y el otro por la otra se defendian de los enemigos sin mucha premia. Así sufrieron gran trabajo hasta que la noche vino; y en este medio tiempo Norandel y sus compañeros, con muy grande angustia de sus ánimos, creyendo que Esplandian era perdido ó muerto, llegaron á la puerta, pensando poderla quebrantar con la gran fuerza de todos que le ponian; pero esto era en vano; que las puertas eran tan fuertes, y asimesmo los candados que dentro las cerraban, que ninguna cosa el trabajo que ponian les aprovechaba, y acordaron de les poner fuego, y á muy grandes voces lo demandaron á los suyos.

Pues estando en el término que ois el negocio que Esplandian y el fuerte Frandalo resistian con fuerza de armas, que no fuesen muertos ni presos aunque de muchos hombres armados fuesen combatidos, llegó por la calle un caballero todo armado encima de un gran caballo, diciendo á grandes voces: «Esforzad, caballeros y gente de la villa; que como quiera que el combate que por la parte de la mar se nos da muy recio y muy cruel sea, donde son muertos y heridos muchos de uno y de otro cabo, por la merced de nuestros dioses, no han podido ganar sola una almena.» Cuando los que estaban sobre la cerca en la batalla con los dos caballeros oyeron esto, cobraron corazones; que gran recelo tenían

que por la parte de la mar, donde la villa era mas flaca, podria ser perdida, y dijéronle: «Caballero, en eso de allá poned remedio; que por aquí poco tememos; pero dirémosos una maravilla, la cual nunca otra tal vista fué: que dos caballeros de los enemigos se metieron á la vuelta con nosotros, que han hecho maravillas en armas, especialmente el de menos cuerpo; que cierto él no debe ser hombre mortal; que tantos golpes ha sufrido y tantos ha dado, y muerto de nosotros, que si él pudiese morir ya seria todo hecho piezas; y al cabo, cuando mucho los apretamos, la fortuna, que les ha querido ser favorable, les mostró una de las escaleras de la cerca por donde se salvaron, y se nos defienden en esta sobrepuerta; que pues á ella se acogieron, no podemos creer, sino que alguno dellos la sabía de antes.» El caballero que abajo estaba dijo: «Acometedles con las vidas y déense presos; que tales pueden ser, que por los cobrar, los de su parte nos dejen en paz.—Bien decis,» dijeron ellos.

Entonces se retiraron algo afuera los que se combatian, y dijéronles: «Caballeros, ya veis que por ninguna manera podeis excusar que no seais muertos; mas por la gran bondad que en vos hemos visto, que seria manilla que tales hombres muriesen, dad-os luego á prision, y salvaros hemos las vidas.» Esplandian, que lo oyó, respondió: «¿Cómo, gente loca? ¿Así pensais que lo teneis acabado? Pues yo fio en mi Señor Jesucristo que antes que la mañana llegue será la villa tomada, y vosotros muertos, y vuestras mujeres y hijos puestos en muy gran captiverio. Pero si á merced os quereis dar antes que mas muertos haya, haceros hemos aquel partido que nos acometeis.» Cuando el caballero que abajo estaba en el caballo esto oyó, dijo con gran saña: «Pues agora los matad, ó morid todos; que gran vergüenza es que así se os defiendan dos hombres solos, teniendo el Señor que nombraron, que es nuestro enemigo; y no me creais si estos no son de los que prendieron á nuestro señor el rey Armato.» Cuando los que encima de la cerca estaban oyeron lo que el caballero les dijo, dieron una gran grita, diciendo: «Ahora mueran, ó muramos todos.» Y como la alteracion fué tan grande, y quisieron llegar todos de golpe, apretáronse unos á otros por la estrechura de la cerca, queriendo cada uno adelante pasar; de manera que muchos dellos cayeron abajo á la parte de dentro. Mas por todas sus albuervolas (1) y bravezas, los dos caballeros no perdieron el esfuerzo de sus muy esforzados y lozanos corazones; antes Esplandian, como leon muy sañudo que se ve en las armadas de los cazadores, salió muy fieramente contra ellos, y los que le atendian, como los tomaba dos ó tres dellos á la par, al que en lleno alcanzaba, ó de muerto ó mal herido no le escapaba. Pero como los de arriba le tirasen muchas piedras y saetas, y anduviese ya en algunas partes herido, conveniale tornarse á la guardia. Pues Frandalo por otra parte no estaba de balde; antes con gran esfuerzo, y con el de Esplandian, que cabe sí tenia, temiendo que en su presencia dejase de hacer lo que era obligado, hacia maravillas de armas; y habia muerto á muchos, y él recibido muchos golpes

(1) Palabra arábica, que equivale á grito, ó alarido.

CAPITULO LXXV.

De cómo Esplandian, en aquella noche que en la villa entraron, envió por la infanta Heliaja y por el jayan, que con la doncella Carmela y con ciertos peones fuera de la villa habian quedado.

Como llegó la nueva á los que á la parte de la mar defendian, que la villa era entrada, y que no tenían remedio, alojaron y desmayaron de tal manera, que Gastiles y los suyos, que asimesmo lo supieron, apretaron tan recio, que en poco tiempo los entraron; los cuales se recogian todos en un templo de Júpiter, que muy rico y fuerte era. Gastiles, viendo la muy gran escuridad de la noche, detuvo cuanto mas pudo su gente, y envió luego con mucha priesa por defuera del lugar á Esplandian, que supiese la manera y forma, y cómo él y todos los suyos eran dentro en la villa, y por causa de la escuridad de la noche no se osaba mas extender, que habria por buen acuerdo que así lo hiciesen ellos hasta la mañana; porque de otra manera, si la gente comenzase á entrar por las casas, matarse hian unos á otros. Cuando esto fué dicho á Esplandian, húbolo por muy buen acuerdo, y mandó que así se hiciese. Entonces se le acordó cómo habia dejado con poco recaudo á la infanta Heliaja y al jayan; que no quedaron en su guarda sino los dos escuderos y algunos servidores, que los camellos que la provision traian guardaban, y hubo recelo de la perder; llamando á Gandalin y á Lasindo, les dijo: «Id luego á la parte donde dejastes los camellos, y hallaréis con la mi doncella Carmela otra mujer, y no os partais della hasta la mañana, que la traigais; y haceldé mucho servicio, que es de gran estado.»

Oido esto por ellos, salieron por la puerta, y hallaron cerca de allí los camellos, que les tenían sus escuderos, y cabalgando en ellos, se fueron donde les era mandado; y llegando donde la Infanta estaba sentada, con la doncella Carmela, en la yerba verde, parecíoles una maravilla: que en derredor della bien veinte pasos estaba tal resplandor, de gran claridad y luz como la de una hacha, que salia de aquellas ricas y preciadas piedras que de sus cabellos tenia colgadas; y de sus manos, que todas eran sembradas de anillos muy hermosos, y de piedras que en ninguna parte se podrian tan preciadas hallar, que el rey su padre desta infanta era muy codicioso de semejantes joyas, y hacíalas buscar y comprar por todas las partes del mundo, y cuando hubo de enviar esta su hija por mujer al infante Alforraj, partió con ella en muy gran cantidad de ellas; que mucho la amaba.

Pues llegados Gandalin y Lasindo en su presencia, saludáronla con mucha cortesía, que bien vieron y conocieron que era persona de alto lugar, y dijéronle: «Buena señora, Esplandian nos manda venir para os hacer servicio, y nosotros así lo harémos de muy buena voluntad en lo que mas vos, Señora, agradare.—Buenos amigos, dijo ella, muy mucho se lo agradezco á él y á vos lo que decis; mas no sé quién es ese de que hablais; que yo fui traida á este lugar por dos caballeros, y el uno conofí ser Frandalo, y el otro no sé quién fué.—Señora, dijo Carmela, sabe que aquel es Esplandian, el que vistes hacer las grandes maravi-

y heridas, que por mas de diez lugares le salia la sangre. Pero con toda esa resistencia que vos contamos no pudieran excusar de ser muertos, porque los de dentro traian ya tales artificios, que sin mucho peligro los pudieran matar ó derribar de la cerca abajo, mas en aquella sazón llegó la gente de fuera con fuego y mucha leña; y como los de dentro no lo pudieron resistir, por estar la sobrepuerta tomada, llegaron sin ningun peligro y pusieron el fuego, de manera que no tardó mucho que las puertas no fuesen hechas ceniza.

Cuando los de la villa esto vieron, no hallaron otro remedio sino traer ellos asimesmo mucha leña, y crecieron el fuego en mayor cantidad porque defendiesen la entrada á los enemigos. ¿Qué os diré? El fuego se apoderó tanto y de tal manera, que si no fuera por la bondad que Esplandian y Frandalo tenían, no tardaran media hora en ser quemados. Mas aquello los defendió muy gran rato, hasta que los cantos se comenzaron á escalar, y lo sentian ya en las plantas de los pies. Norandel y sus compañeros, cuando vieron que con semejante artificio que el suyo los de dentro les defendian la entrada, y oian decir cómo los caballeros se quemaban, acordaron de mandar á sus gentes que lo mas presto que pudiesen tomasen en los yelmos agua de una laguna que cerca de allí estaba, en que bebían los ganados, y la echasen en el fuego. Esto se hizo con muy gran diligencia y mucho peligro de los de fuera; que algunos murieron con las muchas saetas que les tiraban. Mas tan grande fué la priesa de echar el agua, que por mucha leña que los de dentro pusieron, como luego era mojada, el fuego comenzó á enflaquecer.

Cuando esto vió Talaque y Manelí, que delante los suyos estaban tan pegados al fuego, que por muy gran maravilla era tenido poderlo sufrir, pusieronse todos juntos en aventura, y entraron por medio de toda la brasa, y como quiera que gran parte de las armas de las piernas se quemasen, y la carne conellas, y con muchos y duros golpes fuesen recibidos, no dejaron por eso con grande afán de pasar á la otra parte; y cuando dentro se vieron, allí viérades las maravillas de armas que hacían en matar y herir de los de la villa que ante sí hallaban. Mas como eran muchos, ya los cercaban de todas partes, pero socorrió aquel esforzado Norandel, que él entró luego por el fuego, y tras él Ambor de Gadel y Gandalin, y el rey de Dacia y Belleriz, y otros muchos muy buenos caballeros, que los seguian. Cuando los de la villa vieron á sus enemigos dentro consigo, perdieron los corazones y huían por las calles; los de la cerca asimesmo comenzaron á huir, y Esplandian y Frandalo los seguian y mataban, y derribaban tan cruelmente de la cerca abajo, que en poco rato, de muertos y huidos, no les quedó con quién se combatiesen; y luego se abajaron á los suyos, que andaban hiriendo y matando en los contrarios; que aunque la noche oscura era, y gran pieza della pasada, la claridad del fuego les daba lugar á que todos unos y otros se viesen.

llas en armas, que otro ninguno hacer podría, cuando fueron muertos y heridos vuestros caballeros. — ¿Es cierto doncella, dijo la Infanta, que aquel que con Frandalo se halló es Esplandian, el que ganó la montaña Defendida, y mató los jayanes, y despues preñó al rey Armato, mi señor? — Cierta, Señora, dijo la doncella, este mismo es que dices. — Mucho estoy quejosa-dél, dijo la Infanta; que dicen que es el mas cortés y mesurado caballero del mundo y no me quiso hablar, sabiendo quién yo soy, y teniéndome presa en su poder; que allí se habia de mostrar su virtud y noble condicion; y siempre donde me hallare seré dél con esta queja. — Buena señora, dijo Carmela, no lo juzgueis así, ni lo tengais á mal lo que hizo; que no sería sino porque ama mucho á Frandalo, y como vido que lo conocistes, quiso darle toda la honra; y que pareciese que, como es el mas principal en su amor, principalmente os hacia servicio, sin que él entreviniese en ninguna cosa dello; que sed cierta que este es el caballero del mundo mas bien mirado y que mas honra y amor hace á sus amigos. — Ahora sea, dijo la Infanta; que si con razon mas legitima no se excusa, no alcanzará de mi perdon.»

Gandalin y Lasindo hicieron á los hombres que allí estaban segar de la yerba y de las ramas de los árboles, y tomaron los mantos de Esplandian y de Frandalo y los suyos, que todos eran de fina escarlata, y hicieron cama para la Infanta, y rogáronle que en ella durmiese y holgase. Ella les preguntó si la villa se les habia entregado. «Sí, dijeron ellos; que ya los nuestros, así de la parte de la mar como de la tierra, son dentro, y no esperan sino hasta el dia para los matar todos. — Pues ruégooos mucho, caballeros, dijo ella, que antes que el alba venga me lleveis ante Esplandian y Frandalo, y podrá ser que con mi vista serán á muchos las vidas guardadas; que quien ha de matar, forzado será que se ponga en el peligro de la muerte; que la gente de la villa será recogida al templo, y sin gran peligro de todos no podrán ser tomadas. — Así lo haremos, dijeron ellos, como lo mandáredes, y como lo mandó Esplandian cuando acá nos hizo venir. — Pues quiero dormir, dijo la Infanta, por sostener la vida; que si ella falleciese, poco me aprovecharia cualquier venganza que sobre esta tan grande destruición se podría hacer, que á mi pensar no será pequeña ni muy mucho tardía.» Entonces se acostó y durmió muy sosegada. Gandalin, que supo quién era el Gigante, y por qué causa escapó, hizole aprear del caballo y ligóle muy bien todas sus llagas, como aquel que muy muchas veces habia ligado á su señor Amadis. Y consolándole, diciéndole la nobleza de Frandalo, su primo, le rogó que reposase y durmiese; que aquella palabra que habian dado no sería en vano, antes en su deliberacion. El Gigante se lo agradeció mucho, y desde entonces conoció el gran yerro en que hasta allí estaba, así él como todos los jayanes, que á natura nunca tuvieron conocimiento de piedad, ni en ellos jamás se halló, causándole ser muy apartados de la virtud; y propuso de mudar en aquel mesmo caso su condicion, si en su libre poder lo desajasen.

CAPITULO LXXVI.

Cómo, rogando con ledo semblante Frandalo el fuerte al buen caballero, Fué deliberada la Infanta primero, Y luego despues Foron el gigante; La cual por los tureos siendo mediante, Aunque sus joyas dejen perdidas, Salvan los tristes los cuerpos y vidas, Y vanse con ella al gran Tesifante.

Pues así como la historia vos cuenta pasaron todos aquella noche; pero la Infanta no puso en olvido su buen propósito. Viendo que el dia era cercano, levantóse, y tomando consigo los dos caballeros y la doncella Carmela, se fué en su palafren á la villa, y entraron por la puerta cuando alboreaba, á tal hora que aun el resplandor de sus preciosas piedras no era en nada escurecido. Cuando Esplandian la vió, y la muy gran claridad que consigo traia, muy mucho fué maravillado. Frandalo fué para ella, así herido como estaba, y díjole: «Señora, veis aquí vuestro caballero y servidor; ¿qué me mandais que haga? — Mi buen amigo, dijo ella, estaré en este mi palafren hasta que el dia sea claro, y entonces veré á Esplandian y á estos caballeros, y decirles he lo que tengo pensado para excusar mas muertes de las pasadas; que, segun veo este campo sembrado de los muertos, no han sido pocos.» Esplandian se llegó á ella, que aun el yelmo traia en la cabeza, y díjole: «Buena señora, todos os serviremos y haremos vuestro mandado. Y pues que la voluntad de Frandalo os es otorgada, así es la de nosotros todos, que somos en su amor, y habemos de hacer lo que él hiciere.»

A esta sazón ya el alba era venida, y la gente comenzaba de se aparejar para dar en sus enemigos; y visto estas cosas por la Infanta, dijo á Frandalo: «Pues que tú dices que quieres mi servicio, muéstrame á Esplandian y los mas señalados caballeros desta compañía, y ten manera cómo ante sea yo oída que la gente nueva contra los de la villa, y así lo envia á decir á la otra parte de la mar.» Frandalo dijo á Esplandian: «Señor, ¿qué os parece desto que la Infanta manda? — Lo que á vos, mi amigo, dijo él. — Pues cúmplase lo que pide. — Así se haga,» dijo Esplandian. Luego envió un caballero á Gastiles, que le rogaba mucho que no rompiese con los contrarios hasta que una hora pasase, y que se viniese para ellos, que mucho cumplia. Esto luego se hizo, y venido Gastiles en un caballo, armado como estaba, y sabido por él en lo que estaban con aquella infanta, y que todo se remitía á la voluntad de Frandalo, otorgólo y túvolo por bien. Y quitándose Esplandian el yelmo, tomando consigo á Gastiles y á Norandel y á Frandalo, apartando de la gente á la Infanta en su palafren, le preguntaron qué mandaba. Cuando ella vió á Esplandian tan niño y tan hermoso, no pudo creer que él fuese, segun las grandes cosas habia oído que en armas hubiese hecho, y dijo á Frandalo: «Di: ¿es este aquel que á todos nos ha puesto en espanto, y ha hecho las grandes maravillas los tiempos pasados, y lo presente que yo vi ayer? — Este es, dijo Frandalo, aquel que hace maravillas, aquel á quien todo el mundo debia ser sujeto. — Cierta, Frandalo, dijo ella, creo yo que de otro mas poderoso le viene

tal esfuerzo y valentía; que si así no fuese, segun su edad y poca grandeza del cuerpo, muchos otros se hallarian que le hiciesen sobra. Y dejando esto, que no se puede alcanzar, pues que va sobre toda razon y orden de naturaleza, quiero pedir os que me otorgueis un don, que antes será por librar á otros que á mí, el cual es, que por mi servicio y amor otorgueis las vidas á estas gentes desta villa, que en punto de muerte están, para que se vayan donde quisieren.» Esplandian dijo: «Mi buena señora, todo es en la mano de Frandalo, así lo de ellos como lo vuestro; que por nos no será contradicha cosa de lo que él ordenare.» Frandalo, que muy alegre fué, hincadas las rodillas, le quiso besar las manos, y siendo levantado con mucho amor por Esplandian, volviéndose á la Infanta, le dijo: «Señora, pues que á mí es otorgado esto, yo os dejo libre para que libremente os vais á vuestro marido, y todos aquellos que vos querrán seguir. — Mucho te lo agradezco, dijo ella, y pésame porque no puedo decir que te lo galardonaré; que segun en la compañía que te veo, si los nuestros dioses por la su merced no lo estorban, mas presto harás tú mercedes que las puedas recibir. Pero yo lo tomo en aquel grado que merece, y quiero hablar con esta gente.»

Entonces tomó consigo á Carmela, doncella de Esplandian, y fuése derechamente al templo de Júpiter, donde todos, esperando las crueles muertes, eran recogidos. Cuando por ellos fué vista, hincados los hinojos delante, llorando, así hombres como mujeres, comenzaron á decir: «¡Ay señora nuestra! ¿quién te pudo traer aquí á tal tiempo, que aunque por nuestro bien parezca ser, no lo será por el tuyo, segun el gran peligro que á los de alto linaje, como tú eres, mas que á las bajas personas aparejado tienen; pues que vienes de donde tus enemigos y nuestros son? — Amigos, dijo ella, levantadvos y no lloreis; que lo que muchas veces parece ser en contrario de la razon, poniéndonos mucho espanto y dolor en nuestros ánimos, aquello es la salud y descanso de las personas. Sabed, amigos, que cuando yo de aquí fui partida, y llegué á la fuente Aventurosa con los caballeros y jayanes que vistes, hube placer, por el gran calor, de holgar allí aquella noche, y por ver si alguna extraña aventura les viniese á mis caballeros, como contino allí suelen venir. Y al alba del dia acudieron dos caballeros, que mataron y destruyeron todos los míos y los dos jayanes, y yo fui presa por ellos. Cierta creo yo que, aunque la fuente dure hasta el fin del mundo, nunca otra tal aventura en ella acaecerá. Pero de tanto me vino bien, que el uno de aquellos caballeros conocí ser Frandalo el fuerte, que muchas veces con buen celo conmigo vivió, y hallé en él tan buen servidor y tan conocido, que me hizo libre de la prision, y á todos aquellos de vosotros que en mi compañía querrán ir. Ahora ved lo que haréis; que á mi parecer, mas teneis aparejo de perder las vidas, que de las defender si aquí quedáredes. — Señora, dijeron todos, á la vuestra merced somos que haga aquello con que nos pueda salvar las vidas; que de recibir la muerte aquí ciertos somos. — Pues luego os salid,» dijo la Infanta.

Entonces los que eran armados se desarmaron, y con

toda la gente, así hombres como mujeres y niños, salieron del templo, y cercado á la Infanta de todas partes, llegaron donde Esplandian y aquellos caballeros estaban, que con mucha cortesía la recibieron. Cuando la Infanta vido á Esplandian díjole: «Esplandian, mi buen señor, muy quejosa estoy de tí, que habiéndome muerto mis caballeros y teniéndome presa, no me quisiste hablar; aquello no se conforma con tus nuevas, que de muy cortés y mesurado te dan gran loor. — Mi buena señora, dijo él, como todos tengamos al fuerte Frandalo por caudillo que nos ha de gobernar, y viese el amor que á vuestro servicio tenia, excusado era yo de hablar en lo que él ordenase.» La Infanta con alegre y risueño semblante dijo: «Aunque eso así pase, todavia pareciera bien que tú me hablases, y pues que la excusa no es razonable, no me doy por satisfecha hasta que de tí el yerro sea enmendado. — Señora, dijo Esplandian, yo lo quiero corregir en lo que vuestro servicio fuere. — Pues con esta certinidad que así se hará, te demando licencia para me ir con esta mi gente á mi marido.» Estas palabras pasaron como en juego; pero tiempo fué que salieron muy verdaderas, y á gran cosa respondieron, como adelante será contado.

La Infanta salió por la puerta, y toda la gente de la villa con ella, los unos teniendo por el freno del palafren, y los otros por sus ricas vestiduras, y los otros llegándose mas cerca della, creyendo que aquello era su salvacion. Pues saliendo fuera, vido á Frandalo, que á caballo estaba para la acompañar, aunque bien herido de la lid pasada, y preguntóle ella dónde queria ir; él dijo: «Buena señora, á te acompañar alguna pieza deste camino, porque hasta que seas en Tesifante todas las cosas te vengan en servicio. — No lo harás, dijo ella; porque aunque tú, como buen caballero, tuviste poder de me salvar y servir, podría ser que yo, como mujer, no ternia así aparejo; que de los cinco caballeros que escaparon huyendo de la batalla tuya y de Esplandian en la fuente Aventurosa, habrá sabido el infante Alforaj lo que pasó; y no dudo que con mucha gente ahora sea ya en el campo, y como la pérdida suya, así las pasadas como la mía, son en tanto grado, que lo de la villa de Alfarin aun no lo sabrá, no me atreveria yo á refrenar la dura pasion que dello ocurrir puede; y por esto, mi buen amigo, no quiero que el placer que agora me diste se torne en peligro tuyo y enojo mio.» Frandalo, que vido que bien decia, dijo: «Mi señora, pues que esto os parece ser lo mejor, así se haga, y llevad con vos al Gigante mi primo, que yo le quito la prision.»

CAPITULO LXXVII.

De cómo el infante Alforaj, viniendo en socorro de la Infanta su mujer, encontró con ella cerca de la fuente Aventurosa, donde los dos caballeros la habian tomado; la cual cuenta la contraria fortuna que por ella y por los suyos habia pasado.

Con esto se fué la infanta Heliaja, con toda la gente, el derecho camino de la gran ciudad de Tesifante, y llevó consigo al jayan, que herido estaba; y anduvo tanto, que pasó la fuente Aventurosa, y mandó que ninguno quitase de allí el paño de oro que sobre los pilares estaba, ni la cama de seda en que aquella

noche durmió, porque todos viesen que aunque aquellos caballeros de la montaña Defendida allí la prendieron, que no solamente tuvieron por bien de la dejar libre, siendo una princesa tan alta, mas tomar cosa ninguna de sus riquezas, que eran tan preciadas, quisieron; que apenas otros tales se hallarian en el mundo, y que fuese ejemplo á los sus paganos, que antes á la virtud y nobleza que á la mala cobdicia y crueldad se moviesen. Pues habiendo ya pasado un gran trecho de la fuente, encontró en el camino muchos caballeros que venian á gran prisa, corriendo por el campo en el socorro della, y el Infante, su marido, con ellos, muy turbado, que todo lo mas del dia antes anduvieron perdidos, creyendo que á la montaña Defendida la habian llevado, no teniendo en la memoria y pensamiento lo de la villa de Alfarin; y como no hallaron rastro alguno, tornaron á la buscar donde la batalla fué, y llegaban allí al tiempo que ois; y cuando fué vista por ellos, espantáronse cómo pudo ser tan gran maravilla, y mucho mas cuando la vieron acompañada de tanta gente de diversas maneras, y estuvieron quedos, porque ella se lo mandó. En esto llegó el Infante, y como la vió, dijo: «Señora, ¿qué ha sido de tí?» Dijo ella: «Mi marido y mi señor, muy mal y muy bien; que estas dos cosas me mostró la fortuna en un momento.»

Entonces le contó todo lo acontecido hasta ser puesta en su presencia. «Oh dioses, dijo el Infante, qué dos maravillas oigo! la una ser tú libre con todo lo que traes, siendo persona tan señalada en todo el mundo, y tomada por presa de aquellos descreidos; y la otra, que por fuerza de armas se tomase la mi fuerte villa de Alfarin. Ahora te digo, mi señora, que no sé á qué parte me eche esta templanza de los nuestros dioses, que por la una parte me amenazan de perder todo mi señorío, y por la otra me consuelan en me guardar la cosa del mundo que yo mas amo, teniéndola perdida en poder de mis enemigos; y pues que su voluntad está dudosa, el mi esfuerzo y diligencia la harán determinar en mi favor; y no contra estos que la villa de Alfarin me tomaron, porque la venganza seria muy poca, aunque al Rey mi señor me tengan preso; mas contra aquel malo, perjuro, emperador de Constantinopla, que quebrándonos las treguas, ha sido causa de todo mi mal; y yo juro por aquel gran Júpiter, y por el muy poderoso Mars, dios de las batallas, que nunca huelgue ni sea mi corazón reposado hasta que tantas gentes cuantas arenas la gran mar tiene le ponga sobre aquella su ciudad de Constantinopla, y dentro de su palacio le saque preso por sus blancos cabellos; y esto así hecho, yo tomaré estos tres caballeros á merced, y tú, mi señora, habiendo piedad dellos, en pago de tan señalado servicio como te hicieron, los dejarás libres, porque conozcan mi gran poder y tu mucha magnanimidad.» Y con esto se tornó á la gran ciudad de Tesifanté, donde salió.

Mas la historia no hará por ahora dellomas mencion, hasta su tiempo, en que os será recontada una tan gran maravilla de ayuntamiento de gentes, que todo el mundo hicieron temblar. Y contarse os ha lo que aquellos caballeros que en la villa de Alfarin estaban acordaron, así para su defensa della, como para proseguir su

propósito, el cual era matar y destruir aquellos malos y muy perversos paganos, enemigos del Redentor del mundo.

CAPITULO LXXVIII.

Cómo Castiles, ya despedido
De aquel que por armas ganó la montaña,
Viendo una fusta del rey de Bretaña
Venir por la mar, está detenido;
La cual, desde que hubo mejor conocido,
Alza sus velas al viento que sopla,
Y arriba en el puerto de Constantinopla,
Do cuenta las cosas que le han azeuido.

Siendo pues ganada aquella muy fuerte villa de Alfarin, gran puerto de mar, como os contamos, por Esplandian y sus compañeros, y por Castiles, sobrino del emperador de Constantinopla, mandaron luego poner gente por las torres, y recaudo en el despojo, que fué muy grande, así de oro como de plata y otras muy ricas y preciadas joyas; porque como aquella villa fuese muy gran puerto de mar, y tan recia en sí, que á lo restante de las comarcas no temiese, vivian en ella muchos ricos mercaderes; y porque era lugar muy apacible, de grandes arboledas, de muchas frutas de todas maneras, y fuentes de aguas muy sabrosas, habíase dél contentado mucho aquella princesa Heliaja, y el rey Armato, su suegro, se lo dió para en que ella y su marido estuviesen y holgasen mientras que él vivia y el señorío de Persia pudiese gobernar; y cuando él fué preso, como ya os dijimos, allí estaban entrambos; y el Infante, como supo lo del padre, salió por el reino para le asegurar, y dejó allí á su mujer; y ahora enviando por ella que á Tesifante se fuese, y queriendo él enviar gente á la villa, y muy gran flota por la mar, para guerrear al Emperador, guiólo la fortuna por otra manera, como oistes, y por esta causa no se halló á la sazón del combate en ella sino muy poca gente que del ejercicio de las armas supiesen, por donde no fué tan cara de tomar; y como quiera que Esplandian hizo lo que se ha dicho, y los otros caballeros con él, en lo del combate no se debe dar la gloria dello sino á aquel fuerte Frandalo, que por el cuidado suyo en saber por Belleriz, su sobrino, el poco recaudo de la villa, dió gran prisa á los caballeros que la acometiesen, por donde se ganó.

Esto hecho así, Castiles dijo á Esplandian y á aquellos caballeros: «Mis buenos señores, yo me he tardado, por vuestro amor, mas tiempo de lo que me fué mandado; mas plega á Dios que de tales yerros como estos, sacando tal fruto, haga yo muchos; ahora yo acuerdo de me volver, y porque, segun va el negocio, creído tengo que lo tomará el Emperador de manera, que presto nos tornaremos á juntar; por eso ved lo que de mi flota quereis, así gente como bastimento; que todo lo que en mí fuere, luego será cumplido.» Esplandian le respondió: «Mi señor Castiles, en todo lo que vos habeis hecho, de nuestro Señor Dios habréis las gracias, que no de nosotros, que no las podemos dar segun vuestro merecimiento; y porque así como vos, nosotros nos tenemos por servidores del Emperador y por de su casa, teniendo por suyo y para su servicio todo aquello que se ganare; y con esta confianza quiero yo, mi buen señor, hablaros mas largo, como ahora oiréis, aunque

haya venido algo dello á vuestra noticia: Sabréis cómo al tiempo que yo fui armado caballero, mi padre Amadis me mandó que le quitase una palabra que él dejó empeñada en poder de la infanta Leonorina, pues que él no la podía cumplir, y esto fuese en ser yo su caballero para la servir en aquello que me fuese por su parte mandado; y cuando la presencia de mi padre fué partida por tan extraña manera como ya sabeis, así la fortuna como la sabiduría de Urganda me guieron donde, sacando de la prision al rey Lisuarte, mi abuelo y mi señor, gané la montaña Defendida, que habeis visto; y porque aquella se ganó con mi sola persona, la cual está sujeta á la infanta Leonorina, como dije, siendo yo su caballero, y despues con mis amigos prendi al rey pagano, de que, con su consentimiento dellos, puedo disponer, acuerdo de se lo dar todo en servicio, pues que en su servicio se ganó; y desto vos, mi señor, me haced saber su voluntad, porque aquella luego será cumplida; y en esto desta villa, donde todos hemos entretenido, mas por suya del Emperador que de otro ninguno la debemos tener; y yo así lo tengo, y vos ofrecédselo así, llevándole todas las ricas joyas que en ella se hallan, que, segun nos dicen, son en muy gran número, porque son suyas, y á nosotros no hacen menester otras perlas, ni piedras, ni plata, ni oro, sino estas armas que vestimos, y nos fueron dadas para las emplear, no donde nuestra voluntad las guiare, mas donde sea servido aquel que todo el mundo tiene en su mano; y lo que se hallare de vianda guardaremos, con que las vidas y la villa podamos sostener; y ruégovos yo, mi buen señor, que tanto que el Emperador sepa de vos las grandes proezas del muy fuerte Frandalo y la gran lealtad suya, que de nuestra parte le roguéis que sea la su merced en le hacer merced desta villa, ahora por suya, ahora en tenencia; que como su vasallo la terná.—Yo diré, dijo Castiles, todo lo que vos place que diga, y bien creo yo que así como lo pedis verná en efecto.» Y abrazando á Esplandian riendo, dijo: «Y en esto que á la Infanta mi prima ofrecéis, aconsejarla he yo que lo tome, y deje la montaña á condicion que su alcaide os nombreis, porque ella tenga lo que no puede alcanzar ninguno de cuantos hoy son nacidos.»

Esplandian, que muy alegre estaba en oír mentar á aquella de quien su corazón sujeto y captivo era, le dijo: «Pues estos que decis, segun la grande alteza y hermosura de aquella princesa, debrian ser sus sujetos, no es mucho que sea yo su alcaide y su caballero, pues que así me fué mandado.» Entonces mandó á Gandalin, que le tenia por muy leal y buen caballero, que recogiese en sí todas las mas ricas joyas que en la villa se hallasen, y las pusiese en la nave de Castiles, y asimismo él y Lasindo supiesen el bastimento que se hallaria para la gente, y si no fuese tan cumplido, que tomasen de la flota de Castiles todo lo que buenamente se pudiese sacar; pero esto fué excusado, que en la villa se halló tanto, que para la gente que allí quedase abastaria para un año y mas; pero las joyas fueron en tan gran número, que Castiles, que en su nave las vió, mucho de las ver fué maravillado. Pues ya él, despedido de Esplandian y de todos aquellos caballeros, queriendo entrar en las naves, fué avisado de los hombres

que en ellas estaban cómo de la via de la montaña Defendida venia, á su parecer, una muy gran fusta, y acordó de esperar, que no podia pensar de quién fuese; pues que por temor de su flota, toda la mar con gran pieza al derredor era barrida de naves, que por ella no osaban andar. Pues pasando cuanto una hora, llegó la gran nave, en la cual venian estos caballeros que oiréis: Palomir, Branfil, Elian el Lozano, Gavarte de Val Temeroso, y Bravor, hijo del gigante Balan, que ya el rey Amadis habia hecho con grande honra caballero; y asimismo venia ahí Imosil de Borgoña, y Ledaderin de Fajarque, y Listoran de la Torre Blanca, y Trion, primo de la hermosa reina Briolanja, y Tantáles el Orguloso, y Guil el Bueno y Preciado, Grovadan (1), hermano de Angriote de Estravaus, y dos hijos de Isanjo, el gobernador de la ínsula Firme, mañebos que á la sazón comenzaban á ser caballeros; y otros muchos, que por la prolijidad de la escritura se dejarán de contar, aunque muy preciados en armas eran; que estos todos de una voluntad, sabiendo el santo propósito de Esplandian, y cómo andaba envuelto con los turcos, y porque ya en la Gran Bretaña todas las aventuras cesaban, como cosas que no pertenecian mucho á la salvacion de sus ánimas, teniéndolas en comparacion de las que Esplandian hacia por una grande y vana locura, acordaron de se meter en aquella grande y hermosa fusta, que el rey Amadis les mandó dar, que en el gran puerto de la ínsula Firme tenia con otras muchas; y pasarse á la montaña Defendida á servir á Dios y ayudar á aquel caballero que mucho amaban; y cuando á la montaña llegaron, supieron de Libeo que Esplandian con toda la gente, por la mar y por la tierra, era ido á combatir la villa de Alfarin, y ellos, con este aviso, llevaron su gran nave siempre á costa, por no errar, con mucho deseo de se hallar en las afrentas y peligros que aquellos caballeros se hallaran. Mas cuando fueron sabedores cómo ya la villa era tomada, dieron muchas gracias á Dios, que pues ya la cosa en tal estado estaba, que no les faltarian otras afrentas donde su buen propósito y santo deseo ejecutado fuese. La fusta llegó al puerto, y todos aquellos caballeros, armados de muy ricas y hermosas armas, y traian en ella muchos caballos escogidos, creyendo que mas en aquella tierra que en las suyas los habrian menester.

Quando Esplandian y Norandel y sus compañeros supieron su venida y quién eran, ¿quién os podrá contar el gran placer que en sus ánimos les ocurrió? Y como quiera que todos ellos heridos estuviesen, y remediados por el gran maestro Elisabat, no pudo él tanto con ellos, que no se levantasen de los lechos, y medio vestidos no fuesen á recibir aquellos tan amigos suyos, y halláronlos salidos en tierra, que ya se venian con Castiles á los ver; allí se fueron á abrazar los unos á los otros, cayendo de sus ojos lágrimas de placer en grande abundancia, esforzándose todos en se ver juntos, tanto, que no les siendo el poderoso Señor airado, no tenían en mucho ninguna afrenta que venir les pudiese. Y luego fueron aposentados en muy buenas casas, que asaz habia dellas en la villa; pero antes que se desarmasen,

(1) Notándose en este lugar alguna variedad en la escritura de los nombres propios, los hemos puesto como se hallan en el Amadis.